nas obras se conservan dos originales completos... Pero esa tergiversación de las palabras, no era irreflexiva, sino habilmente preparada para obtener «una mayor intensidad en el lenguaje», como atestigua en su famosa novela «Las ingenuas».

Ello no fué óbice para que Felipe Trigo escribiera obras como «El amor en la vida y en los libros», «Socialismo individualista» y «Del frío al fuego», en un estilo muy fácil y muy gramatical, pero que no le satisfizo bajo el punto de vista estético.

El ilustre novelista y médico, para ser en todo personal, lo fué hasta en su carácter. Tuvo el doble talento, del hombre y del artista. Los grandes reclamos para sus novelas, no los obtenía él, al estilo de otros autores, enviando ejemplares a los críticos amigos y a las redacciones de los diarios. No. Felipe Trigo, tendía al crítico incauto, hábilmente su red, para encender una gran polémica, sobre cualquier motivo baladí, como una pequeña falta gramatical a veces, u otra cualquier bagatela, alrededor de la cual, todos los periódicos de España estaban hablando quince o veinte días, lo cual, como es consiguiente, redundaba en beneficio de la obra, que obtenía de esta ingeniosa manera, un reclamo tan formidable como gratis y al mismo tiempo una gran popularidad que contribuía a hacer aun más interesante su figura. En este sentido podrían referirse de él interesantísimas anécdotas.

En cierta ocasión, prologando la obra de un escritor novel, escribió intencionadamente «los insignes Prevots, d'Annunzzio y Felipe Trigo...» Toda la crítica, en vez de sonreir ante aquel rasgo de hmorismo, se sintió ante este auto-bombo como herida por un rayo, con gran alegría de Felipe Trigo, que tanto le divertian aquellos torneos que él tan sabiamente preparaba. Benavente, en los famosos «Lunes del Imparcial», puso término a esta polémica, diciendo que bien podía llamarse insigne a un novelista que había escrito «Las ingenuas».

Con Fernández y González, Galdós, Palacio Valdès y Blasco Ibáñez, Felipe Trigo ha sido de los escritores que más dinero ha ganado en España. Ello no fué óbice para que cierta poderosa casa editorial cuyo nombre no viene al caso, le *ofreciera* quinientas pesetas por «Los Ingenuas», un bonito y redondo negocio, que el autor de «La Altísima» no aceptó.

Tras «Las ingenuas», que fué un enorme éxito editorial, vinieron «La sed de amar». «El alma en los labios», «Del frío al fuego», «La Altísima», «La Bruta», «La de los ojos de color de uva», «Sor Demonio», «En la Carrera», «La clave», «Las Evas del Paraíso», «Las posadas del amor» «El médico rural»... Todas ellas tuvieron una aceptación tan grande como merecida, hasta el punto de que desde el momento que una casa editorial anunciaba la publicación de una obra de Trigo, empezaban a lloverle peticiones de todas partes. En América tenía el gran novelista una venta enorme, mayor aún que la de España, con ser ésta grandísima, y le pagaban por los derechos de reproducción cantidades fabulosas.

Ningún autor ha vendido en los últimos tiempos más libros que Felipe Trigo. De todas sus obras se han agotado numerosas ediciones, siendo las que más fama han alcanzado «Las ingenuas», «La Altísima», «La Bruta», «La de los ojos de color de uva», «Sor Demonio», y «La clave».

Y con éstos nombres damos fin a la relación de los novelistas fallecidos, para empezar ahora con la de los que aún viven, y sea por muchos años.

Los que viven.—La mujer y la novela.—La condesa de Pardo Bazán y su enorme obra.—«Colombine» y sus viajes.—Concha Espina y su constancia.

Un elemental deber de galantería nos obliga a encabezar la relación de los novelistas actuales, con los nombres de las damas ilustres que vienen cultivan-

do en España el género narrativo. Y entre ellas, justo es decir que corresponde el primer lugar, por muchísimos conceptos, a la eximia Condesa de Pardo Bazán.

Se reveló como novelista esta gran escritora el año 1877, publicando en la «Revista de España», su primera obra de esa clase, titulada «Pascual López (Autobiografía de un estudiante de Medicina)», que poco después, en 1879, se editó en tomo aparte.

Antes había publicado ya la señora Pardo Bazán otros tres libros de distinta índole: «Estudio crítico de las obras del padre Feijóo», «Los poetas épicos cristianos» y «Ensayo crítico del darwinismo.»

«Pascual López» obtuvo un éxito muy feliz, que su insigne autora vió refrendado en seguida al publicar, en 1881, «Un viaje de novios», al que siguieron el de «El cisne de Villamorta», obra que apareció en 1885, y el formidable de «Los pazos de Ulloa», en 1886. Este último es quizá el mayor de cuantos en su larga carrera literaria ha conseguido la Condesa de Pardo Bazán, y desde luego, el que vino a consolidar su reputación, haciendo que se popularizase su nombre en España y que se extendiera considerablemente por el extranjero, a doce de cuyos idiomas fué traducida rápidamente la interesantísima novela.

Siguieron a «Los pazos de Ulloa» otros muchos libros novelescos, tales como «La madre Naturaleza» (1887), «Insolación» y «Morriña» (1889), «Una cristiana» y «La prueba» (1890), y la notable escritora, que, según propia confesión, empezó por aquellos días a recoger los primeros frutos de sus obras, vióse desde entonces ocupando un puesto de honor, en la primera fila de los novelistas contemporáneos.

La lista completa de sus obras es enorme, pues alcanza a sesenta tomos, en algunos de los cuales hay varios asuntos. En lo que a la novela se refiere, debemos añadir a las ya citadas con anterioridad, las siguientes: «La piedra angular», «La Tribuna», «Doña Milagros», «Memorias de un solterón», «El saludo de las brujas», «La quimera», «El tesoro de Gastón», «Dulce dueño» y «Belcebú», además de sus preciosas «Novelas ejemplares» y de sus «Cuentos Nuevos», «De amor», «Sacroprofanos», «Regionales», «Antiguos», «Dramáticos», «De Navidad y de Reyes», etc., etc.

Esta gigantesca labor ha deparado a su meritísima autora una ganancia líquida de un millón de pesetas, cantidad a la que excepción hecha de Blasco Ibáñez, no ha llegado ningún otro escritor español de los que no se han dedicado a escribir para el teatro, que es, como todo el mundo sabe, lo que más dinero produce. Y esa ganancia fabulosa habla con más elocuencia que nosotros pudiéramos hacerlo, del gran aprecio en que el público tiene a la señora Condesa de Pardo Bazán, la primera de cuantas mujeres ha producido la raza española en lo tocante a Literatura.

La forma que trabaja la condesa de Pardo Bazán es sumamente curiosa. Gusta la insigne escritora de encerrarse en una habitación interior, a la que no llegan los ruidos callejeros y en cuyas paredes se ven varios cuadros en cada uno de los cuales aparece una cabeza cortada, de colores lívidos y de atormentadas facciones.

Esto, según confesión de la gran novelista, responde a un capricho de sus nervios. La visión de aquellas cabezas torturadas y el violento color de la pared despiertan su sensibilidad y le ayudan en el trabajo.

Cuando doña Emilia se encuentra fatigada levanta los ojos hacia las cabezas y las mira fijamente. Poco a poco el cárdeno color de sus perfiles la invade. desentumece y fatiga, y así puede continuar trabajando.

La condesa de Pardo Bazán siempre ha llevado con mucho orden su trabajo, escribiendo por regla general cinco o seis horas diarias, sin sentir fatiga, debiendo advertir que tiene desde antiguo la costumbre de escribir de pie.

Lee, además, muchísimo y a una velocidad pasmosa, bastándole dos o tres horas para enterarse circunstanciadamente de un volumen de trescientas páginas, y aun le sobra tiempo para ponerle apostillas.

Otra escritora que por la diversidad de sus escritos, por su amplísima cultura y por su excepcional fecundidad literaria, ha sabido crearse un lugar preeminente en las letras nacionales es doña Carmen de Burgos, más conocida por el pseudónimo de «Colombine», con el que firma todos sus escritos, lo mismo en la Prensa que en el libro.

Carmen de Burgos es una mujer que ha viajado muchísimo y a la que sus excursiones por toda Europa y la mayor parte de América han deparado un copiosísimo caudal de conocimientos que fluye natural y espontáneamente en sus obras. En lo que hace a la novela, debemos decir que «Colombine» ha llegado a ser maestra consumada. «La Rampa», por sí sola, hubiera bastado para proporcionarle una fama envidiable.

Pero donde más se exterioriza el amplio talento de «Colombine», es en la novela corta de la que puede considerarse, en justicia, como uno de los primeros cultivadores que ha tenido España.

En total, las obras de «Colombine», forman unos cincuenta volúmenes.

Otra escritora que a fuerza de trabajo, de lucha, de perseverancia y de talento ha sabido incorporar su nombre a la lista de los más insignes de las modernas letras, es la santanderina Concha Espina, autora de novelas tan interesantes como «La niña de Luzmela», «Despertar para morir», «Agua de nieve», «La esfinge maragata», «La Rosa de los vientos», y de narraciones breves tan hermosas y sugestivas como «Talín», «El jayón» y «Trozos de vida».

Concha Espina es, como su precusor Pereda, una enamorada de la Montaña, cuyos bellísimos paisajes ha acertado a describir con pinceladas maestras. Sin ser vieja, ha dejado ya de ser jóven, y no obstante, hasta hace próximamente una docena de años, no comenzó a escribir, o sea cuando las necesidades de la vida le obligaron a ello. En tan poco espacio de tiempo, ha luchado muchísimo, pero con provecho, y su nombre, que ayer era totalmente desconocido fuera de los amables rincones de la Montaña, es hoy uno de los que más se cotizan en el mercado literario, vendiéndose todas las obras de Concha Espina con tal rapidez que las ediciones se agotan a los pocos días de aparecer en los escaparates.

Su primera novela «La niña de Luzmela», apareció en 1909. Se tiraron de ella 2.500 ejemplares, y si el público la prestó poca atención, la crítica no la restó ninguna. Por un prejuicio incomprensible no quiso leer la novela. Escritor hubo que mandó el ejemplar de ésta a un puesto de libros viejos, sin abrirlo y con dedicatoria y todo. Sólo Cristóbal de Castro, en «El Liberal», adivinó a la gran novelista.

En la actualidad prepara Concha Espina una nueva obra de importancia, «El metal de los muertos», cuyos contratos de traducción ha firmado ya, antes de terminarla. Esto demuestra a qué alto precio se cotiza ya el nombre de la ilustre novelista montañesa.

La señora Espina nos ha referido una curiosísima anécdota de su vida literaria.

«Tenía ya muy adelantada—nos dice—«La Esfinge Maragata», y como me urgía muchísimo su publicación, decidí dar el original a la imprenta para seguir trabajando al par de los cajistas y tener el volumen más rápidamente en las librerías, no siendo éste el único que he dado en esas condiciones, y debiendo advertir que jamás saco copias de mis originales y que hago mis novelas sin planes ni «andamiaje» de ninguna clase.

»Reuní las cuartillas encima de la mesa y salí de casa con intención de empaquetarlas a la vuelta y mandarlas a la imprenta.

»Era un día inclemente, huracanado y desapacible, y cuando a mi regreso entré en el despacho, me encontré con que las cuartillas... ¡habían volado!

»Por el suelo, encima de los muebles, en la barandilla de mi balcón siempre abierto... por todas partes había cuartillas.

»Me quedé helada. Me entraron unas ganas terribles de llorar y estuve un rato sin fuerzas para moverme.

»Mi angustia fué aún mayor al ver que el viento se había llevado por el balcón la mitad del original.

»Cuando, sin esperanza alguna, se bajó a la calle, un señor anciano, de barba blanca, dejaba en la portería un montón de cuartillas; sólo me faltaron ocho.

»En una de las tan extrañamente recuperadas, encontré, escritas con lapiz, estas palabras: «¡Hála Isten!»

Los que viven.—Los novelistas académicos.—Jacinto Octavio Picón. ¿Por qué no quiere escribir el autor de «Dulce y sabrosa»?—Cavestany y la novela corta.—Ortega Munilla.—Ricardo León.—La obra de Palacio Valdés.-¡200000 ejemplares de «La hermana San Sulpicio», en Norte-América.

Al iniciar la relación de los novelistas actuales, consideramos de justicia hacer varios grupos, incluyendo en el primero a los que se sientan en los prestigiosos sillones de la Real Academia Española. Y pues que algún orden hemos de seguir, si no queremos hacernos un lío, seguiremos—ya que tenemos donde escoger—el de la antigüedad con que esos escritores figuran en la docta Corporación.

Es el primero don Jacinto Octavio Picón, bibliotecario perpetuo de la Academia y uno de los novelistas más apasionadamente discutidos durante los últimos años del pasado siglo.

Picón, que desde muy joven se dió a conocer como crítico ilustre, sobre todo en lo referente a cuestiones artísticas, publicó su primera novela a los treinta años, en 1882. Se titulaba «Lázaro» y atrajo sobre sí la cólera divina de ciertos elementos. Pero sólo de «esos elementos» pues al resto de los lectores le pareció de perlas, animando a su autor a que continuase por el camino emprendido.

Así lo hizo el novelista, y dió a la estampa en años sucesivos «Juan Vulgar», «La hijastra del amor», «El enemigo», «La honrada», «Dulce y sabrosa», «Juanita Tenorio» y «Sacramento». Cada una de ellas fué un éxito, pese a las discusiones y a las tremolinas que se armaron, habiendo sido las tres últimas las que más se han vendido y más ganancias han proporcionado a su insigne autor, que digan lo que quieran sus enemigos, es uno de los hombres más buenos de España y un padre amantísimo, como lo demuestra el hecho de que desde que, en Enero de 1917, ocurrió el fallecimiento de su hijo Jacinto Felipe, joven de tanto talento como virtudes y que era una legítima esperanza para todos y objeto de cariño preferente para el autor de sus días, éste no ha vuelto a escribir una sola cuartilla hasta el extremo de no haber empezado a redactar siquiera el discurso con que ha de contestar a Serafín Alvarez Quintero en la recepción académica de este genial y popularísimo dramaturgo.

Lamentable es por todos conceptos, y especialmente por el que constituye su causa única, que don Jacinto Octavio Picón no escriba actualmente, porque, aunque no es joven—tiene ya cerca de setenta años—, su inteligencia continúa fresca y poderosa y aún podríamos esperar muchos frutos de su gran talento.

Don Jacinto Octavio Picón no es de los novelistas que han llegado al vulgo, ni tampoco de los que cuentan por muchos miles de ejemplares las ediciones de sus obras. Pero tiene, en cambio, un público selecto, escogido, que le sigue siempre con absoluta fidelidad. Es, pues, el novelista selecto, atildado, aristócrata, que se desenvuelve dentro de un ambiente de pulcritud y de distinción, como pulcra y distinguida es su persona.

Sigue inmediatamente a Picón en antigüedad, dentro de la Academia de la